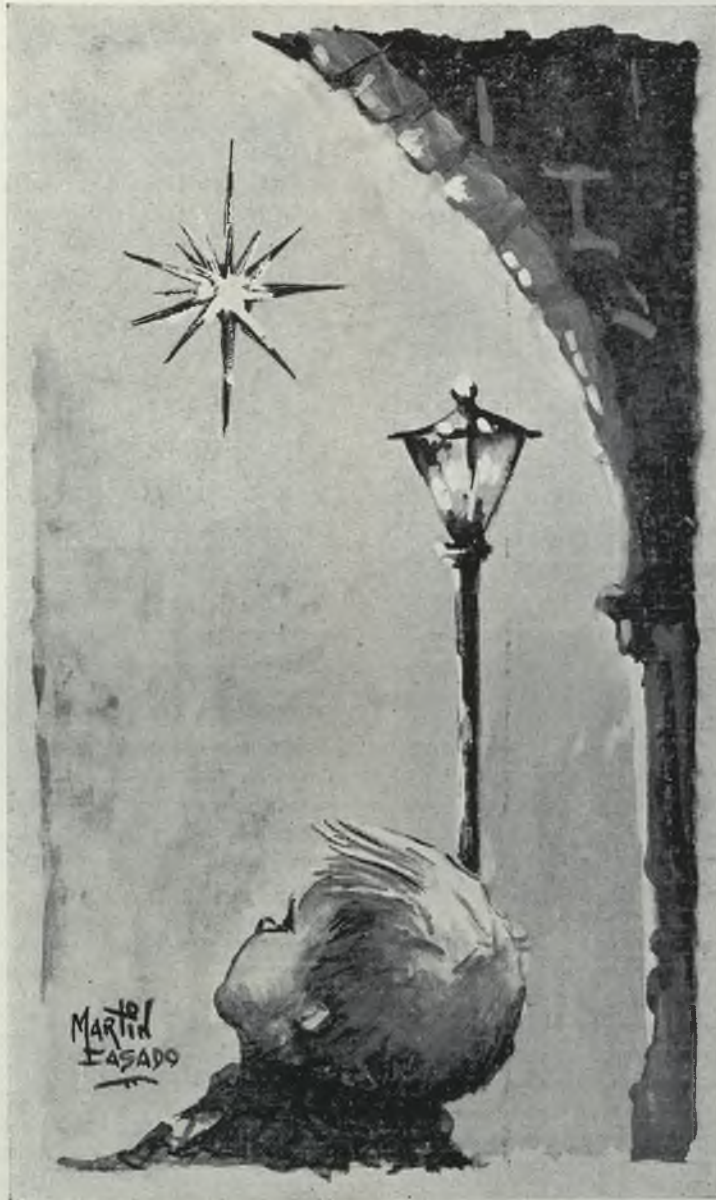


tina, se levantaría al canto del gallo, para moler el pan de cada día con el molino de mano; iría a la única fuente del pueblo, para buscar agua con el gran cántaro en la cabeza, y además hilaría, tejería y lavaría la ropa de la casa.

«El trabajo era duro, pero allí estaba el Niño, que lo aliviaba con sus sonrisas. El Niño crece y se robustece, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios habita en El. Con esta sola

tores han intentado buscar el secreto, se desarrolló en una de esas casitas modestas que se encuentran en el pueblo; una pieza única ordinariamente, en la que domina un olor dulzón de aceite de oliva; el humo sale a menudo por la puerta de entrada; de noche, una lámpara de arcilla puesta en un candelero de hierro o en una pequeña repisa saliente del muro, ilumina pobrememente.

La iglesia de la **Nutrición**, según atestiguan



frase resume San Lucas aquellos años, que los autores de los evangelios apócrifos llenaron de prodigios ridículos, de anécdotas pueriles, de sucesos absurdos y de patrañas sin cuento. En realidad, José y María guardan su secreto. La simiente divina ha caído en la tierra y germina, y María observa, entre amorosos arrobamientos, la maravilla de aquel desarrollo único».

Dice el eminente escritor Daniel Rops: «La vida de la Sagrada Familia, que tantos pin-

los trabajos arqueológicos, parece ser que cubre el lugar mismo de la casa donde José alimentó a Jesús, lo mismo que el en que María recibió la visita del Ángel; aquella casita debió ser, en buena parte, subterránea, abierta en el terreno calcáreo reciente del país; estos peldaños rústicos de la escalera, hoy decorados con mosaicos, el Niño debió subirlos y bajarlos».

El Rvdo. P. Andrés Fernández, S.J. dice, ponderando el ejemplo que todos debemos